

VI

DONDE SE VERÁ CÓMO LOS DOS ANCIANOS PROCURAN
LABRAR, CADA UNO Á SU MANERA, LA FELICIDAD DE
COSETTE.

Se dispuso todo para el casamiento. Habiéndose consultado al médico, declaró que podría verificarse en el mes de febrero.

Corría el mes de diciembre. Algunas semanas de perfecta é inefable dicha se pasaron. El abuelo no era el menos feliz. Empleaba sus buenos cuartos de hora contemplando á Cosette.

—¡Qué admirable niña!—decía.—¡Y qué aire tan dulce y candoroso tiene! En toda mi vida he visto muchacha más preciosa. Más adelante poseerá virtudes con olor á violeta. Es una de las Gracias. Hay, por necesidad, que vivir noblemente con semejante criatura. Mario, hijo mío, eres barón y rico; déjate de defender pleitos; yo te lo ruego.

Cosette y Mario habían pasado repentinamente del sepulcro al paraíso. La transición había sido tan inesperada, que sólo el deslumbramiento les impidió perder el sentido.

—¿Comprendes algo de todo esto?—preguntaba Mario á Cosette.

—No,—respondía Cosette;—pero me parece que Dios nos está mirando.

Juan Valjean hizo, aplaudió, concilió y facilitó todo, apresurando la dicha de Cosette con tanta solitud y alegría, á lo menos en la apariencia, como la joven misma.

La circunstancia de haber sido corregidor, le ayudó á resolver un problema delicado, cuyo secreto le pertenecía á él sólo; el estado civil de Cosette. Decir secamente su origen ¿quién sabe? tal vez fuese un obstáculo para el casamiento. Él supo allanar todas las dificultades, arreglando á Cosette una familia de personas ya difuntas, lo cual era el mejor medio de evitar reclamaciones. Cosette era el último vástago de un tronco ya seco. Debía el nacimiento, no á él, sino á otro Fauchelevent, hermano suyo. Los dos hermanos habían sido jardineros en el convento de la calle de Postas. Las buenas monjas dieron excelentes informes; poco aptas y sin inclinación á sondear las cuestiones de paternidad, no supieron nunca fijamente de cuál de los dos Fauchelevent era hija Cosette. Dijeron lo que se quiso, y lo dijeron con celo. Extendióse una acta de notoriedad, y Cosette fué, ante la ley, la señorita Eufrosia Fauchelevent, huérfana de padre y madre. Juan Valjean hizo de modo que se le designase, bajo el nombre de Fauchelevent, por tutor de Cosette, con el señor Gillenormand, en clase de tutor sustituto.

En cuanto á los quinientos ochenta y cuatro mil francos, era un legado hecho á Cosette por una persona, ya difunta, y que deseaba permanecer desconocida. El legado primitivo había sido de quinientos noventa y cuatro mil francos; pero se gastaron diez mil en la educación de la señorita Eufrosia; la mitad pagada al indicado convento. Este legado, depositado en manos de un tercero, debía entregarse á Cosette en siendo mayor de edad, ó cuando se casase.

Todo esto era muy aceptable, como se ve desde

luego, y más apoyándose en la firme base de medio millón y pico de francos. Había esparcidas acá y allá algunas singularidades; pero se hizo la vista gorda. Uno de los interesados tenía los ojos vendados por el amor, y los demás por los seiscientos mil francos.

Cosette supo que no era hija de aquel anciano, á quien había llamado padre tanto tiempo. Era sólo un pariente, y su verdadero padre el otro Fauchelevent. En otra cualquiera ocasión esto la habría lastimado; pero en aquellos momentos supremos de inefable felicidad, fué apenas una sombra, una nubecilla, que el exceso de la alegría disipó pronto. Tenía á Mario. Al tiempo de desvanecerse para ella la personalidad del anciano, surgía la del joven. Esta es la vida.

Cosette, por otra parte, estaba habituada hacía años muchos á ver en torno suyo enigmas; todo ser que ha tenido una infancia misteriosa, se halla siempre dispuesto á ciertas privaciones.

Continuó, sin embargo, llamando «padre» á Juan Valjean.

Cosette, en su amoroso éxtasis, se sentía entusiasmada por el señor Gillenormand, aunque él verdaderamente la colmaba de madrigales y de regalos. Mientras que Juan Valjean construía á Cosette una situación normal en la sociedad y un estado al abrigo de todos los ataques, el señor Gillenormand cuidaba del canastillo de boda. Nada le divertía tanto como mostrarse espléndido. Dió á Cosette un vestido de guipur de Binche que había llevado su abuela.

—Las modas antiguas vuelven á usarse,—decía,—y las jóvenes de mi ocaso se visten como las viejas de mi oriente.

Vaciaba sus respetables cómodas de laca de Coromandel, que en muchos años no habían sido abiertas.

—Confesemos á estas centenarias,—exclamaba,—á ver qué es lo que tienen en la tripa.

Abría con ruido gavetas panzudas llenas de trajes y adornos de todas sus mujeres, de todas sus queridas y de todas sus abuelas. Pequines, damascos, lustrinas, moarés de colores, vestidos de gro de Tours flameado, pañuelos de la India bordados de un oro que puede lavarse, del finas sin revés en piezas, puntilla de Génova y de Alenzón, joyas de antigua fecha, cajitas de marfil para dulces con dibujos microscópicos de batallas, cintas de infinitas clases, todo se lo regalaba á Cosette; y Cosette, sorprendida, penetrada de amor hacia Mario y de reconocimiento hacia el señor Gillenormand, soñaba con una felicidad sin límites entre rasos y terciopelos. Su canastillo de boda se le aparecía sostenido por los serafines. Su alma se perdía en el azul del cielo con alas de encaje de Malinas.

La embriaguez de los enamorados no era igualada, lo hemos dicho, más que por el éxtasis del abuelo. Había como un concierto de trompetas y clarines en la calle de las Monjas del Calvario.

Cada mañana nueva ofrenda del abuelo á Cosette. Todos los falbalás imaginables se ostentaban espléndidamente á su alrededor:

Un día Mario, que aprovechaba con gusto la ocasión de decir cosas graves en medio de su felicidad, dijo á propósito de no sé qué incidente:

—Los hombres de la revolución son tan grandes, que tienen ya el prestigio de los siglos, como Catón y Foción, y cada uno de ellos parece una antigua memoria. (*Une memoire antique*).

—¡Muer-antic! (*Moire antique*),—exclamó el anciano.—Gracias, Mario. Precisamente andaba buscando esa idea.

Y al día siguiente, un magnífico vestido de muer-antic, color de te, se añadió al canastillo de Cosette.

De todo este ajuar, deducía reflexiones el abuelo.

—Bueno es el amor, pero con estos apéndices. La felicidad necesita de lo superfluo; pues ella, por sí sola, no es más que lo necesario, y conviene sazónarla con artículos de mero lujo. Un palacio y su corazón. Su corazón y el Louvre. Su corazón y las fuentes de Versalles. Dadme la pastora de mi alma, y procurad que sea duquesa. Traedme á Filis coronada de flores, y dotadla con cien mil francos de renta. Una bucólica, sea; pero bajo columnas de mármol y de oro. La felicidad á secas se parece al pan á secas. Se come, y basta. Yo quiero lo superfluo, lo inútil, lo extravagante, lo demasiado, lo que de nada sirve. Acuérdomé de haber visto en la catedral de Strasburgo un reloj tan alto como una casa de tres pisos, que señalaba la hora, que tenía la bondad de señalar la hora, pero cuyo aspecto no indicaba que tal fuese su destino, y que después de haber dado las doce del día ó de la noche, esto es, la hora del sol y del amor, ó lo que gustéis, mostraba la luna y las estrellas, la tierra y el mar, las aves y los peces, Febo y Febé, y una caterva de cosas que salían de un nicho, y los doce apóstoles, y el emperador Carlos V, y Eponina y Sabino, sin contar un montón de figurillas doradas tocando la trompeta. Pues todavía le sobraba una multitud de campanas que echaba á vuelo á cada instante sin saberse por qué. ¿Qué vale, en comparación de tantas maravillas, un mal reloj, capaz sólo de señalar las horas? Soy del mismo dictamen que el gran reloj de Strasburgo, y lo prefiero al de la Selva Negra.

El señor Gillenormand desbarraba especialmente al tratarse de la boda, y todo el ajuar del siglo xviii hallaba cabida en sus ditirambos.

—Vosotros ignoráis el arte de las fiestas. En estos tiempos no sabéis pasar un día de buen humor. Vuestro siglo xix es liviano, y no conoce la riqueza

ni la nobleza. Está raso en todo. Vuestra clase media es insípida, incolora, inodora é informe. Sueños de personas vulgares que se establecen, como dicen; un bonito gabinete con adornos aun frescos de madera pintada é indiana. ¡Plaza! ¡plaza! el señor Grigou se casa con la señorita Grippesou. ¡Qué suntuosidad! ¡Qué esplendor! Un luis de oro pegado á un cirio. Tal es la época. Me voy más allá de los Sármatas. ¡Ah! Desde 1787, el día que ví al duque de Rohan, príncipe de León, duque de Chabot, duque de Monbason, marqués de Soubise, vizconde de Thours, par de Francia, ir á Longchamps en una carraca, predije todo esto. El resultado no podía ser otro. En el siglo actual se hacen negocios, se juega á la Bolsa, se gana dinero, y son los hombres miserables. Pulir y barnizar la superficie es el objeto predominante. Las personas se ponen de veinticinco alfileres, se lavan, se enjabonan, se peinan, se alisan, se frotan, se cepillan, se charolan; el exterior está como un espejo; y al mismo tiempo ¡mal pecado! hay en el fondo de la conciencia estercoleros y cloacas capaces de hacer retroceder á una vaquera que se suena en los dedos. Decreto á la época actual esta divisa: limpieza sucia. Mario, no te enojés, permíteme hablar. Yo no hablo mal de tu pueblo, como ves; al contrario, se me llena la boca al mentarle; pero en cuanto á la clase media ¡oh! déjame sacudirle el polvo un poquito. Es evidente que el que bien ama, mejor zurra. Lo digo y lo repito; hoy se casa la gente, pero no sabe hacerlo. Sí, mucho que sí: echo menos la gentileza de las antiguas costumbres. Todo lo echo de menos: aquella elegancia, aquella caballerosidad, aquellos modales tan corteses y graciosos, aquel lujo; la música formando parte de la boda; arriba la sinfonia, abajo el tamboril; los bailes, los alegrés festines, los madrigales alambicados; las canciones, los fuegos

artificiales, la risa sin doblez, el diablo y su comitiva, los grandes lazos de cintas. Echo de menos la liga de la novia. La liga de la novia es prima del cenidor de Venus. ¿Sobre qué gira la guerra de Troya? ¿Pardiez, sobre la liga de Elena. ¿Por qué se combate; por qué el divino Diomedes rompe en la cabeza de Merioneo el gran casco de bronce de diez puntas; por qué Aquiles y Héctor cruzan sus picas? Porque Elena ha dejado que Paris le ate la liga. Homero haría la Iliada con la liga de Cosette. Introduciría en su poema un viejo charlatán como yo, y le llamaría Néstor. Amigos míos, en otro tiempo, en mi época, los casamientos se celebraban en regla; primero un buen contrato y luego una succulenta comida. Desde que salía Cuyacio, entraba Gamache. Porque ¡diantre! el estómago es un animal que pide lo que le pertenece de derecho, y quiere tener también su boda. Se cenaba bien, sentándose á la mesa junto á una mujer hermosa, sin griñón y descotada. ¡Oh! ¡Y qué bocas bonitas y risueñas! ¡Qué alegría reinaba en mis tiempos! La juventud era un ramillete; todo joven terminaba por un ramo de lilas ó de rosas. El guerrero se convertía en pastor, y si era casualmente capitán de dragones, encontraba medio de llamarse Florián. Había empeño en estar lindo, abundando los bordados en el traje y el colorete en el rostro. El simple ciudadano tenía aire de flor, y el marqués de piedra preciosa. No se usaban botas. Y así, rozagantes y lustrosos, presumidos y pisaverdes, llevaban espada al costado. Era el colibrí con pico y uñas. Era el tiempo de las *Indias galantes*. Delicadeza y magnificencia: los dos caracteres de aquel siglo. Y ¡cuerpo de Dios! nos divertíamos. Hoy predomina la seriedad. El ciudadano es avaro, y la ciudadana gazmoña. ¡Qué desgraciado es vuestro siglo! Se expulsarían de él á las Gracias por encontrarlas demasiado desnudas. ¡Ay!

Ocúltase la hermosura como si fuese un defecto. Desde la revolución, todos usan pantalones, hasta las bailarinas. Las alumnas de Terpsícore deben ser graves, vuestros rigodones son doctrinarios. La majestad ante todo. El gran tono es llevar la barba metida dentro de la corbata. El ideal de un mozalbete de veinte años que se casa, consiste en parecerse á Royer-Collard. ¿Y sabéis lo que se consigue con esa majestad exagerada? Empequeñecerse. Tened por cierto que la alegría no es solamente alegre, sino grande. Pero á lo menos, sed amantes de buen humor, ¡qué diablo! ¡Casaos, ya que os caséis, con la fiebre, el atolondramiento y el bullicio de la felicidad! En la iglesia gravedad: concedido. Pero concluída la ceremonia ¡con mil de á caballo! sería preciso envolver en un sueño mágico á la novia. Un casamiento debe ser regio y quimérico, paseándose el ceremonial de la catedral de Reims á la pagoda de Chanteloup. Me inspira horror una boda prosaica. ¡Cuerpo de Cristo! Ese día, por lo menos, subid al Olimpo y convertíos en dioses. ¡Ah! pudierais ser silfos, juegos y risas, argiráspidas; ¡y sois simples horteras! Amigos míos, todo recién casado debe ser el príncipe Aldobrandini. Aprovechad ese minuto, único en la vida, para volar al empireo con los cisnes y las águilas, aunque hayáis de volver á caer al día siguiente en el prosaismo de las ranas. No os andéis en economías con el himeneo; no le escatiméis sus brillantes rayos. La boda no es el gobierno de la casa. ¡Oh! Si manejase á mi gusto, ésta sería magnífica. Se oírían violines en los árboles. Ved mi programa: cielo azul y dinero. Mezclaría en la fiesta las divinidades campestres; convocaría las driadas y las nereidas. La boda de Anfitrile, una nube rosada, ninfas con elegantes peinados y desnudas, un académico dedicando coplas á la diosa y una carroza tirada por monstruos marinos.

Iba delante Tritón,
y sacaba de su concha
los agradables sonidos
que á las ninfas enamoran.

Si este no es un magnífico programa de fiesta, confieso que no lo entiendo ¡con todos los diablos!

Mientras que el abuelo, en medio de su lírica efusión, se escuchaba á sí mismo, Cosette y Mario, mirándose con entera libertad, sentían una dulce embriaguez.

La señorita Gillenormand consideraba todo esto con su impasibilidad habitual. En cinco ó seis meses no había cesado de recibir emociones; Mario de vuelta, Mario cubierto de sangre, Mario traído de una barricada, Mario muerto y luego vivo, Mario reconciliado, Mario casándose con una pobre, Mario casándose con una millonaria. Los seiscientos mil francos fueron su última sorpresa, y en seguida recobró su indiferente calma. Iba, como antes, á los oficios, rezaba el rosario, leía su eucólogo, acompañaba con el murmullo de sus *Ave Marias* el otro murmullo de los *I love you* (yo te amo), y veía vagamente á Mario y Cosette como dos sombras. La sombra era ella.

Hay cierto estado de ascetismo inerte, en que el alma, neutralizada por el entorpecimiento, extraña á lo que pudiera llamarse la tarea de vivir, no percibe, si se exceptúan los temblores de tierra y las catástrofes, ninguna de las impresiones humanas, ni las impresiones agradables, ni las penosas.

—Esa devoción,—decía el señor Gillenormand á su hija,—se asemeja al romadizo de cabeza. Tú no conoces nada de la vida. No respiras malos olores, pero tampoco los respiras buenos.

Por lo demás, los seiscientos mil francos habían fijado la indecisión de la anciana señora. Su padre

estaba tan acostumbrado á prescindir de ella, que no la consultó sobre el casamiento de Mario. Había cedido al primer ímpetu, como hacia siempre, no teniendo, convertido de déspota en esclavo, más que un pensamiento: satisfacer á Mario. De la tía no se había acordado para nada, y esto, monótona y todo, como la señorita Gillenormand era, no dejó de lastimarla.

Algo ofendida en su fuero interno, pero extremadamente impasible, había dicho para su sayo:

—Mi padre resuelve la cuestión del casamiento sin mí; yo resolveré la cuestión de la herencia sin él.

En efecto; la señorita Gillenormand era rica, y su padre no lo era. No comunicó, pues, con nadie su decisión; y es probable que si el casamiento hubiese sido pobre, pobre lo hubiera dejado.

—Tanto peor para mi sobrino. Se casa con una pordiosera, pues que mendigue.

Pero el medio millón de francos de Cosette agradó á la tía, y cambió su manera de pensar respecto de aquel par de enamorados. Seiscientos mil francos es una suma que merece consideración, y la señorita Gillenormand no podía menos de testar en favor de aquellos jóvenes, por lo mismo que no necesitaban de su herencia.

Se dispuso que los esposos habitasen en casa del abuelo. El señor Gillenormand quiso absolutamente cederles su cuarto, por ser el más hermoso de la casa.

—*Esto me rejuvenecerá*,—decía.—*Es un antiguo proyecto. Había tenido siempre la idea de convertir mi cuarto en cámara nupcial.*

Lo amuebló con cierta galantería antigua, y lo hizo techar y alfombrar con una tela de extraordinario mérito, que conservaba en pieza, y que creía era de Utrech; tenía el fondo de raso, y por adorno flores de terciopelo.

—De esta tela,—decía,—era el cobertor de la cama de la duquesa de Anville, en la Rocheguyon.

Colocó en la chimenea una figurilla de Sajonia que tenía un manguito sobre el desnudo vientre.

La biblioteca del señor Gillenormand se transformó en despacho de abogado para Mario.

VII

EFECTOS DE SUEÑO MEZCLADOS CON LA FELICIDAD

Los amantes se veían diariamente. Cosette iba á casa de Mario con el señor Fauchelevant.

—Es al revés de todas las cosas,—decía la señorita Gillenormand;—la futura viene al domicilio del novio para que éste le haga la corte.

La convalecencia de Mario lo había exigido así; y los sillones de la calle de las Monjas del Calvario, mejores para los diálogos amorosos que las sillas de paja de la calle del Hombre-Armado, habían contribuido á que se arraigase esta costumbre.

Mario y el señor Fauchelevant se veían, pero no se hablaban. Parecía plan convenido. Toda joven necesita un rodrigón. Cosette no hubiera podido ir á casa de Mario sin el señor Fauchelevant; de modo que éste, para Mario, era la condición de Cosette, condición que él aceptaba.

Al discutir sobre política, aunque vagamente y sin determinar nada, bajo el punto de vista de la mejora general de la suerte de todos, llegaban á decirse algo más que sí y no.

Una vez, con motivo de la enseñanza, que Mario quería que fuese gratuita y obligatoria, multiplicada bajo todas las formas, prodigada á todos como el aire